

(Número de la Revista correspondiente  
á 1.º de Agosto de 1843.)

MISCELÁNEA.

I.

«¿Cómo hemos podido llegar á tamaño estado de desconcierto y desorden? ¿por qué no tenemos gobierno?» preguntan algunos; «¿cómo no hemos llegado todavía á un estado peor? ¿cómo hemos tenido ni sombra de gobierno?» debiera preguntarse. *Minoría, guerra de sucesión, revolución*; cada uno de estos males basta por sí solo para trastornar una sociedad. ¿Qué no había de resultar de los tres reunidos?

La sola minoría de Carlos II llevó agitados los pacatos tiempos del último período de la dinastía austriaca; la sola guerra de sucesión inundó de sangre la Península al entronizarse la rama borbónica; la sola revolución, nos trajo la lucha civil y la invasión extranjera en 1823; nada pues más natural que los males sin cuento que hemos sufrido, ya que la Providencia quiso que se combinasen y obrasen á un tiempo sobre nuestra patria tres elementos, todos tan poderosos para trastornar.

En la *minoría*, el trono está desocupado; bajo sus doseles está la regia cuna. Las funciones del monarca las ejercen otros; pero cabalmente la fuerza del poder monárqui-

co está vinculada principalmente á la misma persona del monarca. El monarca es inamovible, la regencia no lo es; la monarquía es perpetua, la regencia es temporal; el monarca obra en nombre propio, la regencia en nombre ajeno. La autoridad es débil porque es *emanada*, no sale inmediatamente del origen; y la ambición no tiene cerradas las puertas porque hay *eventualidad* de cambio en el poder supremo, y por consiguiente existen *esperanzas* de usurparlo. Durante el funesto período, experimenta la nación los males de una monarquía electiva. La ley que en Francia acaba de declarar hereditaria la regencia, encierra un pensamiento de bien alta política.

La *guerra de sucesión* supone cuestionable el derecho, y encomienda la decisión á los trances de las armas. Mientras dura la sangrienta lid, se levanta trono contra trono; no existe pues la *unidad*, está privada la monarquía de su carácter esencial, quedando en cierto modo aplazada su existencia para cuando se haya decidido la lucha.

La *revolución* ataca el principio mismo del gobierno, porque tiende á cambiar las formas políticas y la organización social. Por naturaleza es enemiga del poder, se esfuerza sin cesar en enflaquecerle, porque su fin es derribarle. Relaja todos los vínculos con que está formada la sociedad, porque son un obstáculo á sus designios; y el poder supremo es el objeto de sus iras, por el doble motivo de ser poder, y de servir de centro y fiudo á la organización social que se intenta destruir.

En la última época, la revolución hubiera sido impotente, como lo fué en las anteriores, á no haberla secundado la minoría y la guerra de sucesión. Siempre que se hubiese empeñado en una lucha contra el trono, cuerpo á cuerpo, habría sucumbido: porque el trono es nacional, la revolución no.

Cuando la revolución ha conocido sus verdaderos intereses, y la debilidad de sus fuerzas, se ha colocado siempre á la sombra del trono. Necesitaba un escudo, y en este escudo esculpíó los blasones de la monarquía.

## II.

Alguna vez hemos pensado, si nos hubiera dañado más que una revolución monárquica, un monarca revolucionario. Optamos por la primera, porque al mal no le deseamos jamás un elemento de pujanza. Un monarca revolucionario que con las modificaciones del espíritu de la época, se hubiese arrojado por el sendero de Enrique VIII ó del emperador José, quizás nos hubiera perdido para siempre. Recuérdense ciertos periodos críticos del tiempo de Carlos III y de Carlos IV. El desorden de la revolución destruye pero nada edifica, ni bueno ni malo, y trae en pos de sí el peor enemigo: un incurable descrédito; pero la acción ordenada, regular, firme, con que funciona la monarquía, derriba de un golpe, y edifica en un instante: ¡ay de los pueblos, si el derribo y la construcción están dirigidos por el genio del mal!

En adelante, ¿qué podría suceder? Las circunstancias han cambiado: si en una de las infinitas combinaciones que es dado imaginar se apoderasen del trono influencias maléficas, su acción sería nociva, pero nó omnipotente. Hace ya muchos años que los buenos principios están acostumbrados á no deber su salvación á nadie. Su fuerza propia, intrínseca, esencial, está en ejercicio; no hay poder sobre la tierra que pueda esclavizarlos, y mucho menos destruirlos. Sin embargo, conviene que sus defensores no estén desapercibidos: la España es un campamento en desorden, donde cada cual guarda lo suyo como mejor puede, y no escrupuliza mucho en tomar lo ajeno: no tomemos nada de nadie, pero velemos en torno del *arca santa*.

## III.

La guerra de sucesión cesó, la minoría se acerca á su fin, la revolución ha llegado al término de su carrera, porque desgraciadamente ha logrado su objeto, en cuanto

le era posible; ¿qué es lo que puede impedir el establecimiento de un gobierno? Lo iremos diciendo en el presente artículo y en los venideros.

¿Cómo sabéis que la revolución ha llegado á su término? porque no vemos en pie nada de lo que ella quería destruir, excepto las cosas indestructibles. Estamos sentados en medio de ruinas, esto nos garantiza de que no nos engañamos.

Después de lo que se ha hecho, todo lo que en adelante se apellide revolución no merecerá tal nombre. Será el designio de impedir que se quiten los escombros, que se despeje el terreno, y se levante un edificio. Para ciertos actos, es muy conveniente tener á la mano montones de polvo para obscurecer la atmósfera y privar la luz.

En una vasta llanura, entrecortada por suaves colinas, existía en otros tiempos un magnífico edificio que levantaba hasta las nubes su gallarda cúpula y sus torres gigantes. La amenidad del país, la feracidad de los campos, la hermosura del cielo, el despejo del horizonte, parecían decir que allí no podía faltar la vivienda del hombre. Sin embargo, el tiempo que todo lo destruye, había desmoronado el edificio, consumido sus techos, desmantelado sus paredes, minado y destrozado sus cimientos. Aquí un enorme paredón que amenaza desplomarse de un momento á otro, allí una bóveda cuyos estribos se van cayendo á pedazos; arcos aislados, columnas que no sostienen nada; grandes aberturas en los parajes antes cerrados, montones de escombros sobre el lugar de las antiguas entradas; descomunales boquerones en el suelo, todo confusión y desorden, todo ruinas. El hombre no vive en aquellas estancias, pero la habitación no está desierta. Los zorros, los jacales, las hienas, los tigres, todas las alimañas y fieras del desierto han hallado allí su cueva; las sabandijas, los dragones y todo linaje de reptiles encuentran cómoda guarida en las numerosas y profundas hendiduras; y los buitres, las lechuzas, los murciélagos tienen su nido en los restos de las torres y almenas.

Un viajero recorría silencioso los alrededores de las ruinas, y contemplaba con dolor aquel cuadro de destrucción. Resonaba el rugido del tigre en el mismo lugar donde antes se oyera el ladrido del perro fiel; donde antes colgaba una linda jaula con un pájaro de pintados colores y de melodioso canto, asomaba la facha del buho, con su pico corvo y sus plumas en forma de orejas; por las ventanas donde se recostara en otro tiempo una gallarda matrona ó hermosa doncella, sacaban de improviso la cabeza el zorro, el oso, el tigre; y en los lugares en que jugueteara con bulliciosa alegría la candorosa niñez, silbaba la horrible sierpe mostrando su lengua de sangre y sus ojos de llama.

«Por respeto á los manes de los antiguos señores, dijo el viajero, es preciso que desaparezca tanto horror; es preciso quitar esas ruinas, y construir un edificio.» Y es fama que difundíendose esa voz por todo el ámbito de las ruinas, las fieras, las alimañas, los reptiles y las aves nocturnas temiendo perder su habitación se helaron de espanto; cada cual á su manera dió un grito horrible; y el silbido, y el rugido, y el aullido, y el chirrido, resonando todo á un tiempo, resultó un ruido fatídico y aterrador.

#### IV.

Una señal bastante segura de que las revoluciones se aproximan á su fin, es cuando los tribunos se convierten en cortesanos, y los agitadores muestran pretensión de parecer hombres de gobierno.

Cuando la revolución invoca la legalidad, es un indicio de que el enemigo está fuera de combate, y de que es tiempo ya de tratar del reparto y seguridad del botín. Entonces vienen de molde los *hechos consumados*; y como suele decirse, se *consolida la situación*. En tiempos revueltos es necesario no contentarse con saber y entender el Diccionario de la Academia.

Se ha clamado mucho contra un centenar de ancianos y hombres de mediana edad, porque se han mostrado tercos sostenedores de las leyes hechas por ellos, y de la situación también creada por ellos como se supone. «Vosotros, les decían sus adversarios, vosotros los antiguos tribunales, los fogosos antagonistas de la monarquía, los autores de la revolución, los padres de la Constitución del año 12, los incorruptibles enemigos de las camarillas cortesanas, los hombres del pueblo, de las eternas ponderaciones de sus derechos, vosotros os habéis prostituido á los caprichos de un poder nuevo, obra de vuestras manos, que ni brilla con la llama del genio, ni resplandece con el reflejo de un gran nombre ó de recuerdos históricos, y en cuyo porvenir no hay más que obscuridad. ¿Y preferís una mirada lisonjera ó una sonrisa de ese poder, al clamor de los pueblos, al voto de los parlamentos, al grito unánime de la prensa? ¿Habéis cambiado de principios, modificado vuestras creencias políticas, disipado vuestras ilusiones, secado vuestro corazón? ¡Qué mudanza tan inesperada! Antes las sociedades patrióticas, ahora los salones diplomáticos; antes desprecio de la aristocracia, ahora insaciable sed de condecoraciones y títulos; antes al pasar por delante del regio alcázar le mirabais con altivo desdén y con ojo centelleante, ahora habéis ocupado todas las antesalas de las reales estancias, y vestís la librea de los cortesanos y os dejáis arrastrar en soberbias carrozas; antes hacíais gala de vuestra pobreza, blasonabais de espartano desinterés, á fuer de pechos generosos no ansiabais otro fin, no os impulsaba otro móvil que la prosperidad, y sobre todo, sobre todo, la libertad, la idolatrada libertad de vuestra oprimida y gemebunda patria; ahora, ¡oh pensamiento desconsolador! habéis aceptado pingües sueldos en retribución de vuestros servicios, y habéis desvanecido de un golpe el más bello de los encantos: habéis cometido una profanación sacrilega; habéis colocado el oro junto al entusiasmo...» Esto les dicen sus adversarios, de los cuales no pocos fueron sus amigos y auxiliares. Los co-

mentarios y las consecuencias no son difíciles de alcanzar, no sabemos si lo siguiente podrá servir para nada.

En tiempo de las Constituyentes de 1812, y de la inauguración de la escuela revolucionaria y volteriana en nuestro suelo, salieron á defender la religión y la monarquía algunos escritores, haciéndolo cada cual como mejor entendía, distinguiéndose uno que otro por cualidades más ó menos relevantes, pero abundando los más de doctrina y raciocinio. Aparte la exaltación de los ánimos, muy natural en el primer momento de la lucha, y atendidas las insolentes provocaciones de los amantes de novedades, prescindiendo además de los manejos y venganzas de los partidos, lo que decían los más aventajados adalides de aquella lucha podía formularse en estos términos: «Nación española, esos hombres que apellidan *libertad* y te prometen el siglo de oro, te engañan. Sus doctrinas son las ensayadas en Francia; mira lo que éstas han producido allí, é infiere lo que producirán aquí. Se quiere derribar un ídolo para colocarse en su lugar; el incienso que te forzarán á rendirle, te será repugnante, y las ofrendas que te obligarán á presentarle te saldrán muy caras. La ambición y la codicia se cubren con el manto de la libertad y de la economía; no les prestes oídos, que el tiempo vendría á castigar tu imprudencia con dolorosos escarmientos.» Y bien, ¿qué decían aquellos escritores que no se haya dicho ahora? ¿qué fué la prensa de entonces en comparación de la prensa de ahora? Los hombres son los mismos, hasta llevan el apellido de la época, se llaman doceañistas; entonces hablaba la previsión, ahora habla la experiencia... ¡Cuán amargos desengaños traen consigo las revoluciones! Hombres que estudiáis su historia, no os fiéis de los libros, escritos en buena parte por los autores ó los cómplices del mal; atended á los hechos y á nada más que á los hechos; mirad lo que había, ved lo que hay; mirad lo que eran los revolucionarios antes de la revolución, mirad lo que son ahora: el esplendor ha sucedido á la obscuridad, la opulencia á la pobreza: he aquí descifrado el enigma.

V.

«Todas las reputaciones se gastan, exclaman ciertos hombres, es imposible gobernar; la capacidad más aventajada, la probidad más incorruptible, son inútiles; porque á poco tiempo de figurar, caen en el mayor descrédito. Esas revoluciones son un monstruo que se lo traga todo: no sabiendo qué devorar consumen reputaciones.» No tenemos costumbre de apadrinar la causa de la revolución, ni tampoco solemos encarecer la facilidad de gobiernos, pero en esta parte no podemos sufrir que á la revolución se le achaquen nuevos delitos; bastantes ha cometido que no consienten disputa; no la calumniemos: como quiera, ni en este punto podrá parecer peregrina: como quiera, no la tenemos por desacertada. La revolución no gasta las reputaciones, lo que hace es ponerlas á prueba; y esto es cosa muy diferente. Nos inclinamos á que la opinión pública lejos de ser injusta ni severa, ha sido y es todavía demasiado indulgente. Hay capacidades que no pueden conservar su *alta* nombradía sino manteniéndose en misteriosas sombras. En dándoles de lleno la luz, el prestigio desaparece. ¿Quién tiene la culpa? Hay virtudes hipócritas, hay *probidades* que no sirven para la hora de la tentación; el cebo brinda, el peligro amenaza; la *probidad* sucumbe; ¿quién tiene la culpa? Las revoluciones sacuden y agitan la sociedad; el mal campea, el bien se ve precisado á defenderse; se forman diferentes bandos, se ofrecen situaciones difíciles, la lucha se enciende, y en ella es preciso mostrar el temple de la espada, el corte de la pluma, el tino gubernativo, la previsión política, la firmeza de carácter, la energía de la voluntad, la elevación de sentimientos, los quilates de la honradez: se hacen transparentes los entendimientos y los corazones; ¿quién tiene la culpa si son pocos los que salen airosos de la dura prueba?

¿Cuántos son los hombres eminentes, ni aun distingui-

dos, á quienes la opinion pública no haga justicia? Pocos son los que reúnen muchas cualidades sobresalientes, cada cual está dotado de las suyas; y en estas el público no es tan injusto como se quiere suponer. Lo que hace es distinguir, clasificar, otorgar lo merecido, y negar lo que se pretende sin razón. Acabamos de atravesar una guerra civil y estamos atravesando disturbios políticos; y sin embargo recórrase el catálogo de los hombres que se han señalado por sus talentos, por su honradez, por su carácter, ó por otras cualidades buenas ó malas, en cualquiera de los partidos, y se hallará que la verdadera opinión pública está fijada sobre su mérito. En ciertas cualidades hay discrepancia; pero es de temer que en tal caso no serán ellas muy aventajadas. Cuando el sol brilla todos lo ven; aun aquellos á quienes ofende.

«Mas, ¿no sabéis lo que suele decirse, que la justicia no la hacen los contemporáneos, sino la posteridad?» Es cierto, pero en tiempos de revolución, la posteridad se adelanta, los años son siglos, las generaciones viven muchas vidas, y antes que las *notabilidades* desciendan al sepulcro, suele llegar para ellas el fallo de la historia. ¿Qué se ha hecho la *divinidad* de un famoso diputado de las Constituyentes de Cádiz? y este diputado vive aún; pero ha llegado ya para él el fallo de la historia. Varias cualidades se disputan á Martínez de la Rosa; pero ¿quién pone en cuestión su honradez y su elocuencia parlamentaria? ¿Quién niega á Galiano su ímpetu, á Isturiz su firmeza, á López su fogosa facilidad, á Toreno su hábil travesura? A Córdova y Zumalacárregui, ¿quién los desconoce?

Todas las caricaturas del mundo no destruyen un hecho; todos los artículos de fondo no lo crean. ¿Qué pudieran las caricaturas contra Napoleón, á la vista del orden público restablecido, de la administración organizada, y de las banderas tomadas al enemigo? ¿qué valían los artículos de un periódico ministerial, para realzar el prestigio de Espartero? Se le ha llamado *ilustre, invicto, honrado, patriota, modesto, desinteresado*, y de esto cada cual ha creído lo que

le pareciera bien; pero no se le ha llamado *grande hombre*, *hombre de genio*; él propio nos ha dicho en un reciente manifiesto, que no ambicionaba tal título, que no lo merecía. ¡Tanta es la fuerza de un hecho evidente!

Si todo el mundo supiera que sois un defraudador de los caudales públicos ¿de qué os sirve tener asalariados dos ó tres escritores para que os llamen sin cesar, honrado, puro, desinteresado hasta el fastidio?

Todo se ridiculiza, y se hace objeto de desprecio á un hombre quizás muy respetable, es verdad; pero esto no afecta la reputación tanto como se pudiera creer. A un político eminente que haya probado con hechos su elevado talento, ¿qué le importa que un papel sin firma le diga cuatro desvergüenzas sacando á plaza su enorme nariz, su joroba, la corvatura de sus piernas, su calva, pantuflas y levitón? El mundo está lleno de piernas derechas y de figuras airosas y elegantes, en las que nadie piensa; Talleyrand era cojo y dominaba la diplomacia europea.

En épocas turbulentas, si se llega de un modo ú otro á inutilizar por una temporada los talentos de hombres capaces de salvar el país, el interés público es lo que sufre; la reputación si es sólida, queda intacta. Cuando se examina la conducta de un general desgraciado, se atiende al número y clase de tropas de que disponía, y á la situación en que se encontraba; cuando una nave no ha podido salvarse, no siempre se achaca el naufragio á la impericia del piloto.

Ahora se abre una nueva era; van á ponerse á prueba ciertos hombres; sería bien posible que tuviésemos gran consumo de reputaciones.

## VI.

Los ejércitos pronunciados acaban de entrar triunfantes en Madrid. ¿Cuál es la situación de la capital de la monarquía? Están allí mezclados los generales de Octubre con los tribunos de 1840. Muy en breve estarán en movimiento to-

dos los elementos políticos que se agitan en la Península: si no se crea pronto y muy pronto un gobierno fuerte, comenzará la discordia y seguirá la anarquía. ¿Cómo puede crearse este gobierno? Es necesario un centro; y centro no hay otro que la augusta Huérfana, esa Huérfana que se arrebató sucesivamente la fuerza armada!.... esa Huérfana que en la Granja se ha visto asaltada por sargentos y entregada á manos de la revolución; que se ha visto arrebatada de los brazos de su Madre por el general de los ejércitos reunidos; que en Octubre ha oído las descargas en las escaleras y salones de palacio; y que al resonar los vitores de los que acababan de libertarla, á las órdenes de Azpiroz y Narvaez, ignora lo que hay, tiembla, llora y pregunta, si efectivamente gritan ¡*Viva la Reina!*.... Hombrés de la situación, reflexionad sobre lo que os dicen estos hechos: y si sois hombres de Estado, acreditadlo de una vez.

Se necesita un gobierno fuerte, no nos cansaremos de repetirlo; sin él, tendremos arbitrariedad con pretexto de orden, licencia con nombre de libertad. No bastan reconciliaciones entusiastas, no bastan abrazos; los individuos ni los pueblos no viven de escenas de teatro; los síntomas que estamos viendo, nos indican la gravedad de un mal que en vano se trataría de encubrir.

La susceptibilidad y los intereses de Inglaterra han quedado heridos, la vanidad y la ambición de la Francia se habrán despertado, los pretendientes á la mano de la Reina se pondrán en movimiento; los partidos temerosos de perder demasiado en la transacción, suscitarán cuestiones sobre las cláusulas del contrato; quien posee no querrá desasirse, y quien no tiene deseará adquirir; hay la cuestión de la mayoría, la del reconocimiento de las potencias del Norte, los negocios de Roma; hay un desgobierno espantoso, un desquiciamiento administrativo que da vahidos; y descuella finalmente, como un fantasma aterrador, esa hacienda, que para mayor infortunio acaba de salir de nuevo de las manos de Mendizabal.

Bien se echa de ver que no disminuimos los obstáculos que hay para bien gobernar, y que los pintamos con sus verdaderos colores; los hombres de la situación no podrán quejarse de que no les suministremos excusas para los errores que puedan cometer; pero en cambio les daremos también los elementos favorables con que cuentan, que serán sus cargos, si con ellos no salvan el país y á la Reina.

Hay un gran pueblo entusiasta de la monarquía, firmemente adherido á la religión de sus padres, amante del orden y de la justicia, sediento de paz y estabilidad, enemigo de teorías, despreciador de los charlatanes, amaestrado con larga y costosa experiencia; hay un país abundante de recursos, hay innumerables veneros de riqueza por explotar, hay muchas rentas que beneficiar; hay una situación topográfica que brinda á la independencia, y hay un carácter fiero y brioso para hacerla respetar; ¿qué falta pues? Falta una cosa muy sencilla, y sin embargo difícil; falta que los hombres que se coloquen á la cabeza de la nación se convenzan de su fuerza si se apoyan en los elementos del bien, y que no se crean forzados á tener contemplaciones á los elementos del mal; falta que aciertan á mostrarse como protectores de las grandes ideas nacionales, que de esta manera exciten el interés de la inmensa mayoría del pueblo español; de ese pueblo que hace años está esperando que un verdadero gobierno le llame en su auxilio, para hundir en el polvo á esas pandillas que le atormentan, le despojan, y por añadidura le insultan.

Ved lo que ha sucedido, y conjeturad lo que sucederá. Habéis clamado: *¡El país y la Reina están en peligro!* y el pueblo español se ha levantado como un solo hombre, y os ha dicho: «¿dónde están los enemigos del país y de la Reina?» Se los señalasteis; un instante después ya no existían.

El pueblo español, ese pueblo que no sabe sino pelear y vencer, se retirará con la generosa confianza que abrigan

los pechos nobles y valientes; después de haber disipado con un soplo á vuestros adversarios os dejará hacer; muy desleales é ingratos fuerais si le engañosais también.

No ignora la nación que la situación es extraordinaria, que en medio de la insurrección desaparece la legalidad, y que no puede reclamarla estricta en los momentos críticos de la victoria, cuando ha quedado una Reina menor de edad, sin regencia, sin ministerio nombrado por los trámites legales; por lo mismo no os pedirá cuenta de si habéis puesto ó nó el pie sobre el linde de la ley, sino de si habéis salvado el país ó nó. Salvadle y no temáis: el país que sufre tantos *estados de sitio*, tantas *medidas de salvación pública*, tantos *velos echados sobre la estatua de la ley*, tolerará sin duda que le salvéis, sea ó no en el terreno de la estricta legalidad; de esa legalidad que años hace ha desaparecido, que todos invocan y que nadie observa. *Las revoluciones comienzan saliendo del terreno de la ley, y ninguna termina en el terreno de la ley*; se empieza clamando por las garantías legales, y se acaba por hacer necesario un poder discrecional. ¿Qué importa que lo ejerzan las juntas ó los militares, las convenciones ó los dictadores? Si en tanto abuso como se ha hecho en España del poder discrecional se hallase quien lo empleara en salvar la patria, á buen seguro que en lugar de la Roca Tarpeya le esperarían el Capitolio.

## VII.

Si no se quiere un gobierno fuerte, si se oponen obstáculos á su establecimiento so pretexto de combatir la tiranía, tendremos á centenares los tiranos; porque lo hemos dicho y lo repetimos: los gobiernos opresores no son los fuertes sino los débiles. El fuerte puede marchar á la luz del día, no ha menester las maquinaciones tenebrosas; no necesita medidas violentas, porque cuenta con la debida fuerza para hacer observar las leyes; no es suspicaz ni perseguidor, porque puede despreciar á sus enemigos,

estando seguro como está de anonadarlos si se atreven á levantar la cabeza. Esto enseñan la razón, la experiencia, la historia; que no lo pierdan de vista todos los hombres amantes de su patria; nuestra necesidad urgente, apremiadora, es un poder fuerte; sin él no hay esperanza de salvación, sin él sufriremos la más bastarda y la más estéril de las tiranías, que es la impuesta por las pandillas y facciones; sin él, no saldremos jamás de estados de sitio, de medidas dictadas por la *salud del pueblo*, y este mal será irremediable; porque su raíz no estará en los hombres sino en las cosas. Colocad en el gobierno á hombres de opiniones templadas, y de intercciones rectas y pacíficas; si su poder es débil, ó serán echados de sus puestos, ó abdicando sus opiniones y olvidando sus hábitos, se convertirán en opresores.

### VIII.

Salgamos del terreno de la política, que está volcanizado; mientras permitáis que se revuelva, temblará el suelo bajo vuestras plantas. Siempre se habla de Constitución, siempre de leyes orgánicas, siempre de gobierno y oposición, siempre de sistemas políticos; nunca de buena administración, de arreglo de hacienda, de instrucción pública; siempre del instrumento, nunca del artefacto. Olvidase que las formas políticas son un *medio*, y se las considera como *fin*; mejor diremos, se aparenta considerarlas como tal; porque en el fondo de las cosas, en la realidad, patente ya á los ojos de todo el mundo; lo que obra, lo que remueve, lo que agita y perturba, son la ambición y la codicia; y tal vez, y sin tal vez, más la codicia que la ambición.

Un hombre que tenía inmensos caudales, no sabiendo en qué emplearlos, dió en la tarea de hacerse fabricante. A costa de muchos sacrificios adquirió una máquina, que en su concepto era lo más admirable que imaginarse pudiera. Fuerza motriz muy poderosa, combinaciones inge-

niosas y elegantes, mucho tino del constructor en acomodarla al objeto para hacerla elaborar en abundancia productos los más exquisitos; todo este conjunto tenía embeludado al dueño, y le hacía esperar que los capitales invertidos en la compra estarían muy bien empleados; y no se arrepentía de haber dejado vacías sus arcas. Rodeado de amigos que le felicitaban por su adquisición, embriagado de gozo y desvanecido de orgullo, se felicitaba á sí propio por el acierto de su plan; y ya sólo pensaba en buscar un hombre de habilidad y confianza para encargarle de la dirección de la máquina. Aquí fué donde tropezó el buen especulador. Directores encontraba muchos, pero bueno ninguno. Se allanaba y nivelaba el terreno, se mudaban los operarios, se hacían continuas reformas; la máquina no funcionaba. Los directores renunciaban, ó el dueño los despedía; la máquina no funcionaba. Quién luchaba con un inconveniente, quién se excusaba con otro; pero ninguno se olvidaba de decir que la envidia no podía perdonar la introducción de la máquina, y que por mil medios tenebrosos y pérfidos procuraba embarazar su movimiento para que no diese productos. Seis años habían transcurrido y todavía el pobre fabricante, sin haber visto un producto, estaba arreglando la máquina; los gastos eran muchos, los cuidados sin cuento, la desesperación estaba en su colmo. Consultaba un día á uno de sus amigos, y este compadecido de su situación y viendo la trama infernal de que era víctima el desgraciado capitalista, le dijo: «si la máquina funciona, los efectos fabricados deberán salir con regularidad; los gastos estarán sujetos á cálculo si no riguroso, al menos aproximado; y los salarios así del director como de los operarios, serán fijos. Ahora todo es arbitrario: ¿quién puede saber lo que cuesta una reforma en la máquina, y sobre todo el desbaratar los manejos de los que intentan seducir á los operarios, y quizás se proponen destruirla? ¿Quién examina si los que se meten á directores ó á reformadores, están adornados de los conocimientos suficientes para el desempeño de su tarea? Todos se

apellidan maquinistas, todos tienen su voto, y lo que es peor, todos cobran su salario. Estableced una regla muy sencilla: nadie percibirá un maravedí hasta que la máquina funcione; y al día siguiente, ó la máquina funcionará ú os habréis quedado libre de directores y maquinistas.» Dicen que se puso en planta el consejo y el pobre capitán se vió libre de trampas.

En tan delicada materia conviene no fiarse de colores, ni pretextos, ni apariencias las más inocentes; que como decía Cervantes: «de todo hay en el mundo; y esto de la hambre, tal vez hace arrojar los ingenios á cosas que no están en el mapa.»

Cuando las revoluciones están en el período de caducidad, lo que se llama *pasiones políticas*, no suelen ser más que *pasiones particulares*.—*J. B.*

## LA POBLACIÓN.

### ARTÍCULO 3.º

Afirmase comunmente que el aumento de la población se verifica en progresión geométrica: esta proposición asentada en general no significa nada; porque el valor de la progresión depende de la razón de la misma, y varía con ella en una escala infinita. Si formamos una en que el primer término sea 1 y la razón 2, tendremos la siguiente: 1: 2: 4: 8: 16: 32: etc.; pero si la razón es 10, resultará esta otra: 1: 10: 100: 1000: 10000: 100000, etc., etc.; donde siendo uno mismo el primer término, nos encontramos ya en el sexto con una diferencia tan enorme como va de 32 á 100000. Sea cual fuere la razón que se señale á la pro-

gresión, cuéstanos trabajo el creer que en esta materia pueda establecerse nada fijo: porque son tantas las causas que en ella se combinan, y deben de existir tantas otras cuyo concurso no nos es conocido, que muchas veces resolveremos el problema faltándonos datos muy esenciales. La emigración y la inmigración pueden fácilmente sujetarse á cálculo; pero ¿quién verifica lo mismo con respecto á los medios de subsistencia, y la acción del clima é influencia de las leyes y costumbres del país? Estos son datos sujetos á mil y mil modificaciones por su misma naturaleza; y además, el primero y el último cambian muy á menudo, hasta con respecto á un mismo pueblo.

Así, para apreciar el verdadero estado de los medios de subsistencia, y el influjo que su abundancia ó escasez puede ejercer sobre la población, es necesario atender al estado de la riqueza del país, á la manera con que se halla distribuida, y á las necesidades del pueblo que es objeto del examen. De poco serviría el saber la suma total de la riqueza, si se ignorase el modo con que está repartida; porque sería posible que de dos países donde los productos de la tierra fuesen muy desiguales, abundasen más los medios de subsistencia en aquel cuyos productos fuesen menores. Esto que á primera vista podría parecer una paradoja, es sin embargo una verdad muy sencilla. Demos que en el país A sean mayores los productos que en el país B; si en este último son repartidos de una manera más equitativa, sin arrendatarios que estrujen, sin amos que exijan más de lo razonable y justo, cuando en aquél los sudores del infeliz labrador van á parar á manos improductivas, para ser luego consumidos lejos de la tierra, claro es que con mucho menos productos vivirán los naturales con más holganza, y por consiguiente, propiamente hablando, los medios de subsistencia serán mayores. Aun supuesta la igualdad de medios de subsistencia será muy diferente el efecto que producirá sobre la población, según las necesidades de los habitantes. Los pueblos son como los individuos: unos son más delicados, otros más su-